

Wisthon Noguera, nicaragüense, defensor de los derechos humanos y activista LGTBI: «Soy un muerto civil en mi país»



Wisthon Noguera en la entrevista ofrecida a Narok Ibarburu Ruiz para *Kazetariak* / I. L. P.

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de segundo de Periodismo en la EHU

Cuando uno va por la calle y ve pasar a los viandantes, tan diferentes entre sí, nunca cae en preguntarse el origen, el porqué vital de cada uno de ellos y ellas. Muy creativo tendría que ser yo si al ver a Wisthon Noguera (Managua, 26 años), pensara que es un defensor de los derechos humanos y activista por los derechos de las personas del colectivo LGTBI perseguido por el Estado nicaragüense. En realidad, nadie lo puede imaginar. Las historias y el trasfondo de las personas son ajenas a nuestra proyección imaginativa. Aquello de que la realidad supera la ficción. A veces, por ceguera natural; otras, por invidencia voluntaria.

La del señor Noguera es la historia de muchos y muchas nicaragüenses que han vivido la represión en sus carnes, la de un joven que vivió la violencia, que vivió la muerte. Ahora, tras haber tenido que exiliarse en el País Vasco por motivos políticos, estudia Ciencias Políticas y Gestión Pública en la Universidad del País Vasco y es miembro de la Plataforma Nacional Juvenil de Nicaragua.

Señor Noguera, ¿cómo se encuentra?

Ahora mismo diría que bien. Llegando de un verano algo largo: estuve en Costa Rica haciendo un trabajo de investigación sobre mutación constitucional, así que ahora mismo estoy descansando un poco y retomando el curso en la universidad.

¿Qué siente usted hablando aquí conmigo de lo que le acaeció en su natal Nicaragua?

Pues, hasta ahora mismo, no mucho porque creo que no hemos tocado teclas sensibles, pero un poco emocionado. Trato de transmitir lo que le sucede a un joven a mi edad en un contexto sumamente distinto, peligroso para quienes son jóvenes en mi país, ahora, en un país un tanto seguro —según la relatividad con la que queramos decirlo—, así que el contraste es cuanto menos interesante.

¿Cómo de peligroso es para usted que haya accedido a darme esta entrevista?

Bueno, siempre es relativo con el caso de Nicaragua porque son muy creativos en cómo perseguir a la ciudadanía: actúan en forma de violencia vicaria, es decir, afectan a tu familia si hablas en el extranjero. Así lo han hecho con la mía y con otra gente vista en otros medios de comunicación, así que siempre está esto de fondo. Se entiende que dar una entrevista y denunciar al régimen ante una persona que va a hacer pública dicha entrevista supondría un riesgo; pero espero que no lo suponga.

«Recuerdo ver a mutilados, a policías que se movían de adelante hacia atrás disparándole a la gente con armas de guerra»

¿Y cómo de doloroso?

Para mí el único drama, ahora mismo, lo que supone poder hacer esto es que estoy lejos de mi país, de mi familia, sin poder acceder a Nicaragua —porque eso podría significar un arresto inmediato—. Además de eso, con lo que supone estar aquí y tampoco poder garantizar mi educación en mi país.

En general, Ortega se ha encargado de que [los activistas opositores] seamos muertos civiles; es decir, andamos caminando, pero estamos muertos socialmente en el país. Con ese marco, yo te puedo decir que una entrevista es lo menos doloroso que puede suceder, sino el previo. Yo creo que la entrevista funciona para reconstruir eso que has vivido. Voy a tratar, ahora mismo, de reconstruir qué ha pasado en la vida de Wisthon y hacia dónde va a ir.

¿Qué me puede decir si le menciono el nombre de Arnoldo Alemán?

Arnoldo Alemán... Nosotros en Nicaragua a la Asamblea la llamábamos “la chanchera”. En cuanto a Arnoldo Alemán y “El pacto” político, que encarnan la construcción del control de la Asamblea Legislativa o del Poder Electoral Judicial, tendríamos que hablar de dos partidos: el partido al que representaba Alemán y el que representaba Daniel Ortega. Ortega y Arnoldo Alemán pactaron, por ejemplo, que haya una disminución del umbral electoral para acceder al Gobierno, el reparto de ciertos poderes... Iniciaste una pregunta interesante, demasiado oportuna. De tal forma que es donde situaríamos el declive de Nicaragua, y a los pactos me remito. Ese ha sido un modelo: pacto, diálogo y consenso entre la empresa privada y el régimen de Nicaragua, entre lo que representaría que Ortega regresara al poder en 2007, que se ilegalizara por completo el derecho al aborto de las mujeres —que estaba en ley como aborto terapéutico—. Ahí está el origen de lo que ha devenido en una dictadura totalitaria, que es el caso de Nicaragua.

¿Y Daniel Ortega?

Yo solo añadiría que comandante no es. Yo no sé por qué la gente ha podido llamarle comandante si es que no lo es. Gente usualmente desde el populismo le llamaba “el comandante”, pero es que no lo es. Ortega era un asaltabancos. Hay un libro escrito, llamado *El preso 198*, en el que se describe que por asaltar un banco lo metieron preso y, en la toma del palacio, entre ellas Dora María Téllez —ganadora del premio René Cassin aquí en el País Vasco— fueron a liberarlo. Asaltaron el Palacio Legislativo en este contexto de la Revolución sandinista. Lo detienen, pero, acto seguido, lo liberan. Ortega no ha sido nadie. Quien sí que lo ha sido es su hermano, Humberto Ortega, que se encargó que Daniel Ortega llegara o figurara como un posible candidato o alguien a quien tomar en consideración siquiera.

«Casi morí intoxicado por una bomba aturdidora»

¿Usted cree que personas como Alemán, Ortega y demás son oportunistas o síntomas de una crisis estructural?

Nicaragua, además de que es una república muy joven —200 años no te da tiempo para mucho—, imagínate que entre esos 200 años se ha modificado la Constitución más de 180 veces... ¡Hablamos de casi una por año! Por supuesto que es estructural. Cuando nos referimos a esto hablamos de una cultura política, una completamente violenta. No ha habido siquiera un proceso de transición en el que se haga una memoria que reconozca daños de ambas partes, sino que el Frente Sandinista, que deviene ahora una codictadura familiar, lo que ha hecho es tratar de borrar todo ápice de la memoria del 79 y del 2018. Y esto habla de que no sólo es una cultura política violenta, es una cultura política patriarcal, una cultura política que busca la exclusión, que busca construir y crear caudillos, que busca el poder absoluto, que busca dominar al resto de partidos. No en un debate sano, sino dominante. Entonces, lo que ha buscado este régimen es quedarse con todo el poder de Nicaragua, hacer de Nicaragua una finca.

Hay un punto de inflexión en la desdemocratización nicaragüense: las manifestaciones de abril del 2018. ¿Qué me puede contar desde su experiencia lo vivido en aquel momento?

Me uní a la manifestación [el 20 de abril del 2018]. Recuerdo ver a mutilados, a policías que se movían de adelante hacia atrás disparándole a la gente con armas de guerra, según los informes de la CIDH y del MESA. Estamos hablando de bazucas, ametralladoras, RPK-7, etc.

Me uní a la Universidad Politécnica de Nicaragua, casi morí intoxicado. No sé qué se me pasó por la cabeza de que yo iba a apagar una bomba aturdidora: la lógica era meter en un recipiente con agua esto que lanzan y agitarlo para que se apagara. Esa era la recomendación básica; pero una bomba aturdidora no solamente es gas sino luz también: te dejaba ciego, no podías ver al inicio y luego eso te estaba ahogando. Me intoxicé con una de estas, ya estaba un momento posterior a esto que yo creo que me levanté o me fueron a recoger, me explotó una bomba y me quedé sordo como por tres meses de uno de mis oídos. Intoxicado, me llevaron a un sitio y me dijeron: “Wisthon, te estás muriendo, pero tienes que correr porque viene detrás de nosotros”. O sea, venía la policía con una escopeta en una moto detrás de los manifestantes.

Pasé alrededor de tres o cuatro días atrincherado en la universidad: yo dormía allí. En ese contexto ya había creído que 12 personas asesinadas, entre ellas jóvenes como Alvaro Manuel Conrado Dávila, de 15 años, que era un niño a quien la policía disparó en el cuello, lo llevaron al hospital y allí le dijeron que no le iban a atender porque era un golpista, un terrorista, y se murió ahogado en su propia sangre.

¿A usted le han llamado terrorista?

Sí.

Múltiples veces, ¿cierto?

También otras cosas: la compañera Rosario Murillo —digo compañera en tono sarcástico— utiliza diminutivos como ‘vampiros’, ‘puchitos’, etc. Se hizo muy famoso el ‘puchito’ en Nicaragua, porque el ‘puchito’ es como pequeñito. Ella decía ‘puchito’ a manifestaciones de, si son 6 millones de personas [habitantes en Nicaragua], un millón de manifestantes en la calle. Tú me dirás si un millón de personas es un puchito... Nos llamaba vandálicos, minoría. Nos llamaba de todo. Era el minuto de odio.

¿Cómo vivieron ustedes la pandemia del covid-19?

Bastante mal, bastante triste. Tuvimos que hacer unos observatorios internos dentro de la oposición para dar respuesta a la gente. Lo que hacíamos era conseguir medicamentos, es decir, paracetamol, alcohol, gel y cubrebocas, porque el Gobierno no se hacía responsable. De hecho, decía que no había covid-19 en Nicaragua.

«Yo en mi mochila llevaba libros»

Fue activista y voluntario en la Universidad Centroamericana. ¿Qué legado deseaba dejar?

Yo lo único que quería era dejar una Nicaragua mejor para mi hermano. Fíjate que yo no pensaba en mucha cuestión cristiana de decir: ay, voy a hacer tal cosa. No, yo era muchísimo más práctico —estoy hablando de lo que pensaba hace años—. Por eso daba clases en la Universidad Centroamericana a través de un voluntariado que se llamaba Chateles, que era dar clases a niñas y niños que habían sido víctimas de violencia sexual, muy pobres. Yo daba un reforzamiento en lengua y literatura. Pero antes de eso atendía a jóvenes que provenían de contextos muy duros que tenían que ver con la droga. Y ahí sí que era una cuestión cristiana. Llevábamos a jóvenes a campamentos para que desconectarán un poco y tuvieran reflexiones internas.

¿Qué destacaría o recuerda de aquel voluntariado?

Hay dos cosas que me han marcado. Una que responde al voluntariado y otra que responde al activismo. Por un lado, en el voluntariado, creo que fue una niña la que me dijo: “yo vengo aquí porque nos dan comida después de estudiar y en casa no tenemos para comer”. Por otro lado, en cuanto al activismo, fuimos a la Costa Caribe Norte, que es una de las dos comunidades autónomas de mi país. Allí hacíamos círculos de reflexión sobre participación política a la juventud y comenzaron a llegar dos o tres personas sin zapatos. Y me acerqué a preguntarle “oye, ¿por qué no llevas zapatos? Y me dijo: “Es que no tengo zapatos”. Hablé con la coordinadora de mi organización en ese momento y

dijimos, ¿cómo es que hay una persona sin zapatos?. Y se los compramos. La pobreza ha sido una constante en Nicaragua y, justamente esto, que hace más grande la brecha de las desigualdades, ha sido una de las cosas que más me han impactado.

¿Qué recuerda de los años universitarios?

La universidad la recuerdo cercada de policías y en el que vos tenías que saber qué llevabas en tu mochila porque corrías riesgo de ser detenido. La policía no entraba a la universidad, pero estaba a las afueras. Entonces, si entrabas, te podían detener y, si salías y la policía te consideraba sospechoso o sospechosa, te detenían también.

«Me dijeron que era un enfermo mental por apoyar al colectivo»

2023. En ese año usted se marchó de Nicaragua. ¿Cuál fue el detonante?

En realidad me fui en [agosto] del 2022 a Costa Rica porque necesitaba bajar el perfil. Y decía yo que estaba muy peligrosa la situación allí. Algunas compañeras feministas allá me han ayudado para que pudiese salir. Y luego ya en el 2022, a finales, me llega una convocatoria de que existe un programa de protección para personas defensoras de derechos humanos en el País Vasco. Yo aplico, como seguramente aplicará ahora el resto de gente, a través de un formulario, de algunas referencias y todo eso. Me aceptan y vengo acá en febrero del 2023.

¿Se imaginó en algún momento de su vida que iba a tener que marcharse de su país?

Yo creo que no, porque yo no llevaba ropa [en el equipaje]. Es decir, yo llevaba en mi mochila libros. Pensaba, yo voy un tiempito allá, luego regreso y voy a sacar libros, voy a pensar en otra cosa. Eso demuestra que mis intenciones no eran irme a quedar. Lo que yo iba por tres meses máximo se me convirtieron ya en casi cinco años [fuera de Nicaragua].

¿Usted conserva la nacionalidad nicaragüense?

Yo sí, todavía la conservo. *De facto* es muy probable que muchas personas intentemos entrar en el país y no tengamos derechos, luego nos convertiríamos en apátridas; pero a mí todavía no me han dicho que la he perdido. Y, aunque me la quiten, sigo siendo nicaragüense, pues a mí un papel no me da la nacionalidad.

¿Qué es lo más duro o destacable de la represión para usted?

Creo que lo más duro fue cuando montaron en un avión a 222, creo que fue, o 223, no recuerdo muy bien el dato, en el 2023 que habían estado en situación de desaparición forzada, en las cárceles, sin avisar a las familias, las dejan en Estados Unidos, ponen un pie allí y les dicen: ustedes son traidores a la patria, terroristas, y ya no tienen nacionalidad. Eso es muy duro. Estados Unidos no ofreció la nacionalidad. Chile, el Gobierno de Boric, de una izquierda socialdemócrata; Colombia, con el presidente Petro, y España sí que lo hicieron. De hecho, creo que España le ofreció la nacionalidad a todas las personas a las que se la quitaron. Otra cosa que me parece muy dura es la muerte civil. Es decir, yo soy un muerto civil en mi país. Son también muy dramáticas las desapariciones forzadas.

¿Usted ha sufrido una agresión directa aquí, en Euskadi?

Yo creo que al tercer día [de venir al País Vasco]. Me dijeron “ándate a tu país”. Y me río porque creo que era una persona con problemas: vivía en la calle, iba un poco drogada, en Casco Viejo. Y luego de eso no creo haber sufrido todavía un ataque de este tipo, que sea homo, lesbo, transfóbico. Sí me han dicho que soy un enfermo mental en las redes sociales por manifestarme en Bilbao en el 2023. Literalmente me dijeron que era un enfermo mental por apoyar al colectivo.

Hemos visto cómo actores extranjeros se entrometen en la política doméstica de los países: Venezuela, Irán, etc. ¿Es más iluso o idealista creer que es desde dentro desde donde hay que revertir los sistemas iliberales y no desde la fuerza exterior?

Yo partiría separando contextos que no encierran lo que sucede en Venezuela o lo que sucede en Cuba siquiera. Yo dije que Maduro no era una víctima. María Corina Machado no es una heroína. Y Estados Unidos, a través de su política internacional, la doctrina Monroe, no es la primera vez que lo hace. Así que no me sorprende lo que ocurre en Venezuela.

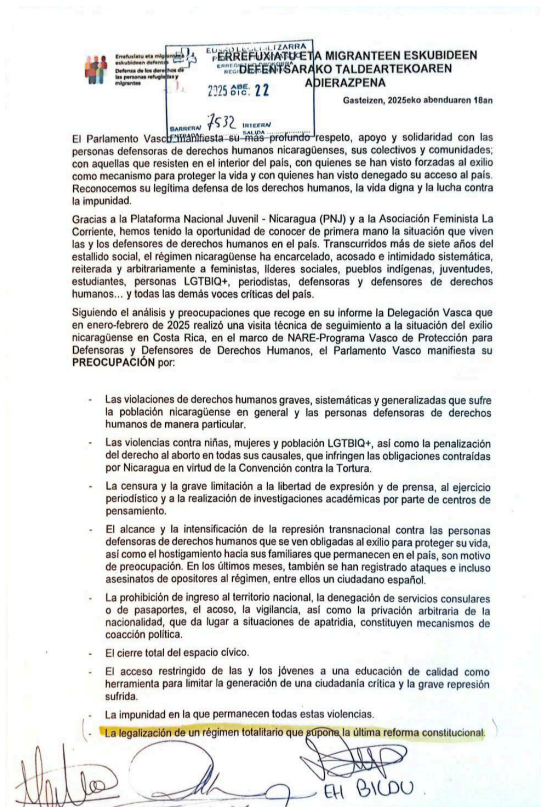
¿Qué te podría decir del contexto actual? Pues que es una mentira creerse lo de la autodeterminación del pueblo. En una dictadura no hay soberanía porque, si la soberanía reside en el pueblo, no tenés que quitarle la nacionalidad a la gente cuando disiente de tus políticas, que encarcelas a más de 4000 personas por manifestarse, etc. ¿De qué soberanía hablamos? ¿La soberanía de un régimen de matar a la gente dentro de sus puertas o de sus fronteras? ¿O es solamente una retórica que utilizamos para decir que no venga otro país a opinar sobre lo que está sucediendo dentro del nuestro? Por ejemplo, aquí tus impuestos, mis impuestos, financian la dictadura de Nicaragua a través de Euskal Fundazioa. Porque en Nicaragua hay unos proyectos a los que llaman acuíferos —creo que son— en los que básicamente se da dinero para poner bombas de agua potable.

¿De modo que no cree que el cambio ha de emanar del pueblo?

Se ha demostrado que, si el régimen no te ve como interlocutor, como oponente, ¿cómo va a cambiar eso? Ahora mismo no le podemos pedir a la oposición que está en el exilio que cambien las cosas de adentro.

Entonces, ¿lo que usted ve como solución es que los Estados dejen de financiar?

En principio, sí. Dejar de financiar es una parte importantísima.



Documento firmado por el PSE-EE, PNV y EH Bildu en el que se reconoce la desdemocratización nicaragüense / W. Noguera

¿Qué tipo de recepción tiene la cuestión nicaragüense tanto en España como, sobre todo, aquí en el País Vasco?

Mira, yo he impreso esto para vos: es de un intergrupo del Parlamento Vasco. Esto lo recibió, lo firmó Bildu, lo firmó el PNV y lo firmaron los socialistas vascos. Es una de las cuestiones más importantes: la legalización de un régimen totalitario que supuso la última reforma constitucional. Costó para que saliera y lo sacaron a una fecha en que todo el mundo estaba de fiesta, para que no saliera en los medios.

Nos costó que Bildu lo firmara, sobre todo porque teníamos que hacer un trabajo quirúrgico de decir qué palabras quitamos, qué palabras ponemos, qué decisión vamos a tomar respecto... Hay gente dentro de Bildu que está llevando la pelea de decir que en Nicaragua no existe una democracia. ¿Por qué vamos a defender un régimen totalitario si no existe la democracia? Yo enví un mensaje a estos partidos que creen que todavía existe una democracia en el país: que construyan sus utopías y las vivan en sus países. Dejen que el resto de países vivan sus propias utopías. ¿Por qué vamos a decidir en qué creer? Fíjate, ahí sí que se debería respetar la autodeterminación y la soberanía. Que el 10 % de la población te esté diciendo que está en el exilio y que vive en una dictadura... Eso sí que se debería respetar y no lo que diga un régimen dictatorial.

¿Quiere decir una frase, algo, para la gente que le puede estar leyendo desde Nicaragua?

Somos la voz de quienes no pueden hablar dentro. Estamos hablando, estamos denunciando lo que ocurre en Nicaragua. Esta persona no está sola. Aquel joven de mi edad o menor que yo que crea que sus estudios ya no dan, que no va a poder estudiar en una universidad: estamos luchando allá afuera para que esto sea posible, para que Nicaragua sea libre.